
la práctica educativa

Visitar museos: acercarse a lo asombroso

Denise Hellión y Gloria Falcón *

No importa el contenido de los museos, creo que el principal valor que un museo ofrece a los niños está en estimular, y más importante aún, en cautivar su imaginación, de tal suerte que desee penetrar más profundamente en el significado de lo que exhibe el museo.

Bruno Bettelheim

Un día de salida escolar, vamos a un museo y esperamos de la visita muchas cosas. Por principio estamos convencidos de que aprenderemos a través de una información seria, producto de un trabajo erudito, con datos incuestionables, además de que asistiremos a un sagrado recinto del saber en donde habrá que controlar a los niños para que no hablen, griten, corran, rompan filas y demás expresiones que caracterizan la vitalidad de la niñez.

Quienes trabajamos en un museo sabemos que estamos lejos de cubrir estas expectativas, pero también sabemos que hay otras posibilidades que han si-

do poco exploradas y que pueden hacer de la visita un acontecimiento excepcional.

El museo es un espacio físico que nos obliga a salir de lo común, de la vida de todos los días, de los paisajes familiares. Al cruzar la puerta nos encontramos en otro momento de la historia, con otra forma de comunicación. Ya sea que estemos en un edificio colonial o en una construcción moderna, pensada y diseñada como museo, nos enfrentaremos al impacto de las dimensiones, al ambiente de un espacio que invita a relajarse, a olvidar el transporte, la escuela, la rutina, un lugar que debemos descubrir.

* Museo Nacional de las Culturas / I.N.A.H.

El museo no compite con la información escrita, lejos estaría de suplantarla lectura. Los muros de una sala no pueden dar cabida a las páginas de un libro o de un folleto. Sin embargo hay algo que los hace atractivos para conocerlos. ¿Qué es lo que nos atrae?, ¿qué puede ofrecernos este paseo por el museo?

Por principio, un museo existe porque tiene objetos que exhibir. En torno a ellos se investiga, se producen gráficos, vitrinas, se hacen fotografías, se diseña la iluminación. Todo ello pensando que existe un protagonista que entrará por la puerta principal: el visitante. Este recorrerá y observará las colecciones de piezas que el museo tiene como misión difundir. Sin estos dos integrantes, visitante y piezas, los museos no existirían. Por ello, algunos museos reconocen la necesidad de resaltar el papel protagónico del visitante, quien debe estar dispuesto a dejarse seducir por el ambiente que se ofrece y a cada paso aceptar el reto para desentrañar los misterios que guardan las salas y lograr que las piezas le hablen.

Porque las piezas forman parte de un lenguaje, son la expresión de formas de vida, creencias, costumbres, relaciones políticas, síntesis de otros pueblos y otras generaciones. Una pieza no fue elaborada para exponerse en una sala de museo, tiene una explicación en su cultura y la gente de museos intenta recuperar el contexto del que fue sacada. Para ello se usan las cédulas de información, los gráficos y hasta la misma iluminación que son, elementos auxiliares que acompañan y

apoyan a los objetos. Pero su lenguaje requiere de la activa participación del visitante, quien puede hacerse muchas preguntas que no siempre responderá, pero que lo han incitado a la reflexión y a la búsqueda de más información. En una vitrina podemos encontrar una modesta red que nos habla: de la actividad de los pescadores, del consumo de proteínas animales, de la transmisión de una técnica de tejido con una larga tradición, de una habilidad que un habitante urbano está lejos de tener, pero hay que preguntarnos ¿perteneció a un pueblo sólo de pescadores? ¿cómo complementaban su alimentación? ¿tenían dioses relacionados con ríos, lagos o mares? ¿qué similitudes tienen con los pescadores que viven actualmente en nuestro país? Muy probablemente podemos imaginar a los hijos del dueño de la red jugar con pequeñas redes a ser pescadores, en espera de ser incorporados por los adultos a tareas importantes para el grupo, como seleccionar y limpiar los pescados. Si miramos alrededor tal vez encontremos otros objetos que nos guían en este acercamiento, tal vez serán tan ajenos que nos provoquen extrañeza. En algunos casos nos puede resultar difícil aún la sola tarea de describirlos, ya que no contamos con referentes similares en nuestro entorno cotidiano o responden a una estética, valores y problemas diferentes a los nuestros.

Precisamente esta distancia relativa que guardan las colecciones con la vida cotidiana de los visitantes, constituye el alma de los museos. Nos lleva a

Foto: Leopoldo Hernández



cuestionarnos respecto a nuestros propios valores, expectativas, los objetos que nos rodean y tal vez a preguntarnos muchas cosas que parecen de lo más “natural”, porque las vivimos cotidianamente y no nos causan sorpresa, como si siempre hubiese sido así, ya que a lo largo de nuestra existencia hemos percibido pocos cambios. De hecho, uno de los anhelos que perseguimos, quienes trabajamos en museos, es rescatar procesos, ir más allá de una simple descripción y aproximarnos a diferentes formas de vida que nos permitan comprender y valorar la propia.

Las salas del museo tienen entonces diferentes “lecturas”. De acuerdo a nuestra formación iremos por diversos caminos en la visita, nos detendremos en objetos extraños o daremos mayor importancia a los familiares. Sin im-

portar cuánto tiempo transcurra para otra visita a la misma sala, descubriremos otros detalles, colores, un contexto que armamos nosotros mismos. Es por esto que nos gustan los reincidentes, aquellos que “tejen fino” a través de varias visitas, que además de la lectura de otros tiempos, van apropiándose de los espacios abiertos, de pasillos, de salones de exhibición audiovisual, que se animan a recurrir a la biblioteca y descubren el mundo de las actividades paralelas que el museo ofrece: conferencias, talleres para adultos o infantiles, cine; existen tantas opciones como recursos e imaginación de quienes trabajan en la difusión.

Como maestros debemos transmitir este gusto, este goce por descubrir los objetos del museo; por ello hay que conocerlos de antemano y recorrer sus

pasillos con el espíritu de quien se acerca a lo asombroso, en esta medida podremos entusiasmar a los niños no para que hagan una tarea, sino para que tengan una vivencia.

Si la información escrita no es exclusiva de los museos, debemos dar más peso a esos dos ingredientes que los distinguen: visitantes y objetos. ¿Cómo lograr rescatar esta relación activa, participativa que debieran tener todos los niños en su visita? De nueva cuenta el museo no da una sola respuesta, existen tantas actividades a desarrollar como tiempo tengamos para dedicarle. De nuestra experiencia podemos proponer la visita como un reforzamiento de los conocimientos adquiridos en el aula, a través de un ejercicio de descripción de objetos, de sus detalles, pero vinculando este lenguaje visual a los temas de los programas de estudio. Este sencillo ejercicio

nos da pie a realizar un diagnóstico de las maneras en que hemos intentado transmitir un mensaje, nos permite además de reconocer las inquietudes de los alumnos, detectar los puntos críticos de la transmisión de conocimientos, como puede ser el sentido del tiempo.

En esta sociedad en donde el lenguaje visual es cotidiano, estamos obligados a dar opciones, a destacar que siempre ha existido esta comunicación visual, con diferentes formas y contenidos; pero debemos tener presente que para las generaciones contemporáneas los códigos visuales se asocian más con el disfrute que con la obligación de la tarea. Busquemos caminos para que el acercamiento a un museo se convierta en el abrir una puerta, entrar por un pasillo que nunca tendrá fin, pero al que siempre estaremos en disposición de regresar.

Foto: Leopoldo Hernández

